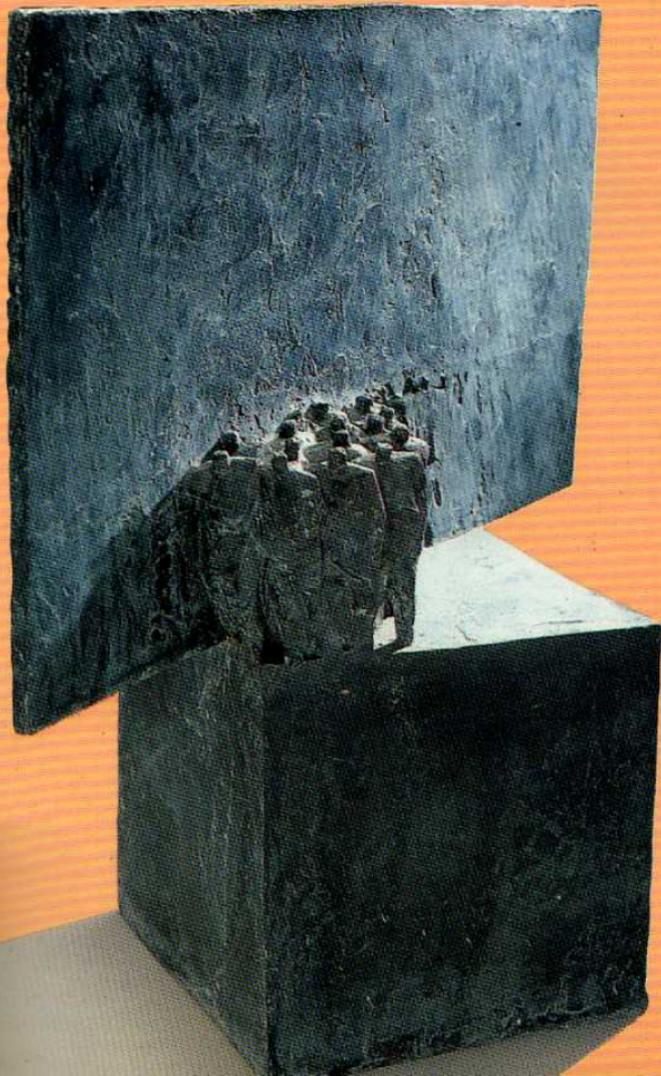


LA FAZ SUMERGIDA DEL ICEBERG

ESTUDIOS SOBRE LA TRANSFORMACION CULTURAL

MANUEL ANTONIO GARRETÓN M.



CAPITULO 7

EL TUPIDO VELO. SOBRE ESTIGMAS, LLAGAS Y ESPEJISMOS

I. LAS DIMENSIONES SUMERGIDAS

“Pues así como todos comen la carne limpia, cuyo proceso de matanza y destazamiento no soportarían ver, los que comemos del filete público de la paz nos rehusamos a mirar el proceso de matanza y destazamiento que la produce... Eso quiere decir, entre otras cosas, bajar a los sótanos, rehusarse como intelectual y ciudadano a ser uno... de los no pueden soportar la idea de que existe un (matadero) pero quieren el filete pulcro y sin sangre en el supermercado”. (LA GUERRA DE GALIO. H. AGUILAR CAMIN).

Un círculo virtuoso parece rodear la sociedad chilena en los últimos años. En él se entremezclan todos los tipos de triunfos y éxitos: el modelo económico, la transición democrática, las victorias deportivas largamente añoradas, la canonización de la primera santa chilena, la imagen internacional del país y su presencia en eventos

mundiales. Todo ello confluye en el imaginario nacional, tanto popular como sobre todo de las élites dirigentes, para conformar un clima de satisfacción. Sin duda que hay razones para ello y no se trata de negar los méritos colectivos e individuales, pasados y presentes que permitieron lo que se ha denominado una "gran oportunidad" para Chile. Pero hay que evitar la autocomplacencia que parece invadirnos, no para caer en una enumeración de desgracias ni para encerrarnos en el pesimismo o el escepticismo, ni para aguar ninguna fiesta. Simplemente para reflexionar críticamente de modo que lo que tenemos y hemos alcanzado no nos oculte ni sus costos, ni lo que hemos perdido o nos falta, ni los nuevos obstáculos o fantasmas que se han creado. Si el iceberg fue en algún momento símbolo del éxito que proclamamos, cabe echar una mirada a su parte sumergida, para volver a la superficie con la mayor lucidez sobre dónde estamos parados.

Temas del pasado, del presente y del futuro se amalgaman en esta parte sumergida y, a través de microscópicos procesos psicoculturales, penetran y moldean también la parte visible y aparente. Se introducen en todos los resquicios de nuestra vida como nación, pero les negamos su presencia, cubriéndolos con un "tupido velo". Una democracia incompleta marcada por un estigma no superado. Una sociedad atravesada por el signo de la exclusión, Una modernidad que se convierte en espejismo y que ahoga la expresión de la gente. Todas ellas son dimensiones escondidas pero obsesivamente actuantes en nuestra vida social.

II. EL ESTIGMA

"¿Cuándo se rompió el encanto? No de golpe: poco a poco. Nos cuesta trabajo aceptar que el amigo nos traiciona, que la mujer querida nos engaña, que la idea libertaria es la máscara del tirano.

Lo que se llama "caer en la cuenta" es un proceso lento y sinuoso porque nosotros mismos somos cómplices de nuestros errores y engaños" (OCTAVIO PAZ, LA BUSQUEDA DEL PRESENTE. DISCURSO DEL PREMIO NOBEL).

En el nuevo régimen democrático pesa aún la herencia del régimen militar.

En la parte visible está una democracia incompleta, es decir, la presencia en la democracia de la carga autoritaria heredada, lo que hemos llamado los enclaves autoritarios.

Por un lado, instituciones, mecanismos, leyes que impiden que la mayoría social, política y electoral pueda gobernar efectivamente. Por otro lado, un poder militar que todavía no redefine institucionalmente sus relaciones con la sociedad ni ocupa su lugar subordinadamente al poder político. Finalmente, violaciones a los Derechos Humanos en el régimen anterior, cuya superación en términos de Verdad, Justicia y Reparación es aún muy parcial, y donde una cierta conciencia colectiva se niega al "borrón y cuenta nueva" o a dejar que el problema se arrastre esperando el cambio generacional y el manto de olvido.

No significa que el país no viva en democracia, sino que ésta por efectos de los fenómenos anteriores es de baja calidad y hace más difícil el planteamiento de otras tareas sociales proyectadas al futuro. Ello más allá de la voluntad de un gobierno.

En otras ocasiones hemos discutido la necesidad de abordar estos tres problemas y expresado la convicción de la necesidad de un acuerdo nacional en torno a ellos. Me interesa ahora preguntarme por la "parte escondida", por el motivo más profundo por el cual como sociedad no se ha producido este acuerdo. No me parecen suficientes las razones que se esgrimen en el debate político por parte de quienes

se niegan a dar este acuerdo: se trataría de “no dismantelar” la institucionalidad heredada afirmando que el éxito alcanzado se debe a dicha institucionalidad.

Quizás sea necesario escarbar en esta parte sumergida u oculta del iceberg para entender por qué después de todo un período democrático siguen pesando estas cargas sobre nosotros. Y para ello nos ayudan bastante el teatro clásico con su reflexión sobre la condición humana y el acontecer histórico. Como lúcidamente recordara hace algunos años el poeta Raúl Zurita “El origen de cualquier tragedia es siempre una traición... ¿Qué traición pesará sobre nosotros?”.

Cuesta reconocer que el acto fundante de la época que vivimos a partir de 1973, no fueron las irresponsabilidades políticas del gobierno o la oposición de entonces, ni tampoco las violaciones masivas de los derechos humanos en el régimen militar por brutales que hayan sido, ni menos la implantación primera fracasada y después exitosa de un modelo económico. Todo ello existió, pero todo ello ha sido conocido públicamente. De lo que no se habla es que el acto fundante de la época que vivimos fue un acto de traición.

Lo constitutivo de la condición humana y de las relaciones sociales y de la sociedad, es la capacidad de establecer lazos, de construirlos. Toda nuestra historia individual y colectiva es la construcción y destrucción de lazos. Por eso la virtud humana por excelencia y la que asegura que no mueran las sociedades es lo que podemos denominar la lealtad. Por eso, la deslealtad, es decir la destrucción del lazo, es tan rechazada. Vivimos siempre en medio de un juego de lealtades y deslealtades, algunas más firmes, otras más precarias, a veces entrecruzadas y contradictorias. Nada de esto es extraordinario. Pero hay una forma de deslealtad que la historia resalta y condena y que permea vidas individuales y generaciones: ésa es la traición. Porque la traición, a diferencia de la sola deslealtad o corte de vínculo, usa la confianza o lealtad del otro para su destrucción.

La estructura de las traiciones, a niveles personales o de sociedades, es siempre la misma: parte del uso de la confianza para volverla contra el que la dio y destruirlo, se justifica en una razón superior y, como nos dice Kundera, obliga a confirmarla permanentemente en un camino sin fin de traiciones consecuentes.

Haber contribuido a la crisis del régimen democrático apoyando o atacando el gobierno de entonces, justificar o confesar errores, asumir costos, alegar que no se tenía la información, aceptar que hubo males menores, haberse sumergido honestamente en los modelos y milagros económicos, haber creído de buena o mala fe que se estaba en guerra pero darla por terminada ahora, todo ello puede ser reconocido y planteado a la luz pública. Nada de eso constituye traición, sino actos con los que se puede estar de acuerdo o discrepar y que hay que juzgar ética y políticamente. Pero, reconocer que se ha sido cómplice o vivido sobre una traición, es demasiado violento para mirarse en el espejo y, por lo tanto, hay que negarlo. Y el acto de negación consiste en aferrarse al resultado sin mencionar el proceso, identificarse con los productos sin reconocer su génesis. Por eso la defensa de instituciones heredadas, porque así se oculta su origen que nadie quiere o podría defender.

El estigma de la traición nos penetra tergiversando el debate. Su ideología justificatoria genera los mitos de los que vivimos. La confirmación del acto fundante se cristaliza en miles de actos, gestos, instituciones, que pasan a formar parte de nuestra cultura, es decir de la trama de orientaciones operantes que nos constituye como sociedad... Si “eso” fue posible, ¿cuál es la vara con que podremos medir nuestro quehacer personal y nacional?. ¿Cuál es el límite?. ¿No quedó abierto para siempre el camino del fin que justifica los medios, donde la palabra comprometida es sólo un recurso, un pretexto o una máscara?. ¿No está todo ello presente en lo que se llama la crisis moral, o, mucho mejor, no es ello nuestra única crisis moral?. ¿No es

éste el origen de nuestra soledad y también de nuestra hipocresía?. Volveremos sobre esto.

Las sociedades pueden sobrevivir, y hasta progresar, manteniendo instituciones autoritarias, incluso sin una reconciliación con su pasado. La historia así lo muestra. Es cierto también que se ha avanzado significativamente en la exorcización de muchos de los males del pasado. Pero si se quiere tal reconciliación, hay que reconocer y exorcizar el acto originario de traición. Sólo así quizás haya perdón.

III. LA LLAGA

“Pues estaba previsto que la ciudad de los espejos (o los espejismos) sería arrasada por el viento y desterrada de la memoria... Porque las stirpes condenadas a cien años de soledad no tenían una segunda oportunidad en la tierra” (G. GARCIA MARQUEZ, CIEN AÑOS DE SOLEDAD”).

La sociedad chilena se ha transformado profundamente en los últimos años. En lo visible, se han dado procesos de modernización y transformación parciales que han llevado a una situación en la que conviven rasgos de la vieja sociedad, con la descomposición de otros, con la emergencia de otros que provienen de nuevas formas de constitución de identidades y acción colectiva. En lo visible, un modelo económico exitoso en que Estado y actores privados han combinado sus esfuerzos.

Pero el problema de fondo, no siempre aparente o visible, es que se está moldeando una sociedad compleja pero a la vez dual, es decir, una sociedad marcada por un profundo clivaje o fraccionamiento entre quienes van a quedar o pueden quedar dentro del modelo de

desarrollo e inserción mundial, y quienes van a quedar irremisiblemente fuera y serán siempre ciudadanos de segunda clase. Pero, a diferencia del pasado, su presencia no es conflictiva, sino simplemente marginal. Hace muchos años un sociólogo extranjero llamaba la atención sobre el carácter profundamente clasista de la sociedad chilena, aludiendo al hecho que en el país había, por una parte, hombres y mujeres, y por otra parte “hombrecitos y mujercitas”, que normalmente eran los que les hacían las cosas a los primeros. Hoy esta distancia ha aumentado, con el agravante que ahora los primeros necesitan menos a los segundos y que se han segregado en el espacio físico y económico. Al igual que en escala mundial, es cierto que existe la explotación y ello da origen a conflictos y luchas, pero incluso ese vínculo se ha debilitado, y unos pertenecen a la historia, aunque entre ellos haya desigualdades y dominaciones, y los otros son los perdedores en una carrera que ya se corrió. En el interior de los incluidos por supuesto que hay diferencias, dominaciones y contradicciones, pero los que están fuera de cualquier modernización no sólo no tienen alternativa sino que sobran. A nivel de los individuos tal distancia quizás dure una generación al menos para el que nació entre los perdedores. A nivel de las naciones o sociedades tal distancia puede durar civilizaciones enteras.

Este clivaje atraviesa todas las categorías y grupos sociales. En algunos casos categorías enteras quedan entre los excluidos o segmentos mayores de ellas son excluidos. Pero, en general, regiones, mujeres, trabajadores, jóvenes, estudiantes, empresarios, profesionales, etc. están atravesados por este clivaje. La noción misma de país entra en cuestión, así como la integración a la economía mundial. No es una sociedad la que se inserta y moderniza, son jirones de ella.

Detrás de este panorama, la contradicción principal de nuestro tiempo: un enorme horizonte de posibilidades de realización humana enfrentado al monopolio o apropiación, por parte de grupos, sectores,

categorías sociales, regiones o países, de los instrumentos que permiten tal realización. Y a diferencia de otras épocas, tales instrumentos son muy diversificados y no se reducen al capital o la propiedad económica. El conocimiento, el dominio tecnológico, la creatividad, la afectividad, las comunicaciones, también el capital, también el poder político, etc, todos instrumentos que son monopolizados por algunos y a los que muchos no tienen acceso. Y no se trata de pensar en acciones colectivas orientadas a quitarle a algunos para darles a los otros. La naturaleza de estos instrumentos es contradictoria con la expropiación y exige su socialización, por lo que las formas de acción colectiva ya no pueden ser sólo de tipo conflictivo.

¿Qué significa la transformación de la sociedad en esta situación? Todos los modelos de cambio se basaron o en el progreso continuo que permitía progresivamente la distribución de los frutos a los que estaban en condiciones inferiores, o en la perspectiva revolucionaria que a partir de la toma del poder originaba una redistribución, generalmente expropiatoria, en beneficio de los desposeídos. Ni el chorreo del progreso es posible ni la redistribución coercitiva es posible ni deseable. ¿Cuál es el modelo o fórmula que permita redistribución con consenso? Y ¿cuál es el modelo de desarrollo, económico pero mucho más que económico, que puede ir haciendo desaparecer la diferencia entre los de dentro y los de fuera, los incluídos y los excluídos, los “hombres y mujeres” y los “hombrecitos y mujercitas”, no en el largo plazo sino en el plazo de esta generación para los que nacieron perdedores tengan una segunda oportunidad en la tierra?.

IV. EL ESPEJISMO

“En mi peregrinación en busca de la modernidad me perdí y me encontré muchas veces. Volví a mi origen y descubrí que la modernidad no está afuera sino dentro de nosotros. Es hoy y es la antigüedad más antigua, es mañana y es el comienzo del mundo, tiene mil años y acaba de nacer”. (O. PAZ, LA BUSQUEDA DEL PRESENTE).

También en el plano de las orientaciones valorativas, modelos de convivencia, imágenes de sí misma, la sociedad chilena ha cambiado en estos años. Pero es aquí donde la punta visible de lo que malamente llamamos la modernidad muestra su enorme fragilidad. La identificación de la modernidad con algunos instrumentos, sin duda de existencia y valor real al menos en ciertos planos, como son el mercado, la competencia, el consumo, la tecnología de comunicación e información, la tecnocracia, la capacidad empresarial, no pueden ocultar la chatura del debate cultural y la ausencia de identidades sólidas y raíces profundas. Nuestra modernidad es, por decir lo menos, un poco ridícula y pretenciosa, una cierta copia un tanto “rasca” de un modelo que hoy está siendo cuestionado en todas partes, como es la combinación de la racionalidad tecnocrática occidental con la cultura del consumo de masas norteamericano. En ningún caso hemos tomado lo mejor de ambos modelos.

Hemos caído víctimas del espejismo, sin mirar el espejo. Y ello se revela en varios ámbitos. Junto a las tendencias positivas de los últimos años, hay múltiples riesgos envueltos. La ilusión que hemos definido un modelo de desarrollo sólo porque hemos adaptado algunos instrumentos como el mercado y la economía abierta, sin darnos cuenta que un modelo de desarrollo implica una forma particular de organizar la convivencia y estimular todas las capacidades creativas.

El orgullo del capitalismo sin darnos cuenta que éste sólo define un modelo de acumulación y no resuelve otros problemas en los países en desarrollo como el del medio ambiente, la exclusión, la pobreza, la desigualdad. El abandono positivo del ideologismo, pero sin criticar las nuevas formas de la política que entronizan el cálculo y el interés desnudo por encima de la preocupación por la sociedad mejor. La crítica al estatismo, debilitando el sentido de Estado indispensable en todos los procesos históricos de desarrollo, reemplazándolo por una descentralización que reproduce las formas tradicionales de poder al nivel de región y municipios. El traslado de los principios mercantiles a la educación y a las comunicaciones, sin entender la especificidad de éstos y su irreductibilidad a principios económicos. La afirmación del individualismo necesario pero erosionando las solidaridades colectivas. La afirmación de un destino e identidad sin raíces, de espalda al continente del que formamos parte inseparable. La adscripción ciega a principios tradicionales en lo que se refiere a la vida cotidiana sin comprender que una generación entera está lejos de ellos y requiere de espacios para su propia expresión.

Por supuesto que en cada uno de estos puntos surgen tendencias críticas y contradictorias con lo señalado. Pero, a veces, relativamente deslumbrados por la imagen de otros contextos y por llegar a ser como ellos, hemos olvidado que tales sociedades fueron productos históricos de lentos y originales procesos que no podemos repetir, que "los estragos de la vida no son iguales para todos y que la búsqueda de la identidad propia es tan ardua y sangrienta para nosotros como lo fue para ellos" (García Márquez).

La modernidad es expansión de la capacidad de los sujetos, en todos los niveles, de hacer su historia, combinando razón, pasión y memoria. Como tal, es un modo de convivencia que no se agota en un sólo modelo. Hemos vivido de una modernidad prestada y como algún éxito hemos alcanzado, nos sentimos orgullosos. Algo hay de válido en ello. También de patético.

V. UN TUPIDO VELO

"-Somos incapaces de sentir nada cuando no acatamos las reglas de algún juego..." "Nunca debemos olvidar que (aquí) la apariencia es lo único que no engaña..." "No sé. No sé. Corramos un tupido velo sobre este asunto" (JOSE DONOSO, CASA DE CAMPO).

Sobre estigmas, exclusiones y espejismos, una sociedad no puede vivir en paz. Y por eso sería mezquino afirmar que esto es lo único que caracteriza la sociedad chilena. No lo es así. También la parte visible del iceberg es real, como lo son los éxitos y avances que mencionábamos al comienzo.

Extranjeros que han vivido en Chile señalan que lo que han aprendido de este país es el sentido de ciudadanía. No es un halago menor.

Y quizás éste sea el punto de partida para una conclusión. Porque la ciudadanía está directamente ligada a las instituciones, al derecho y a la ley. Y este es un rasgo esencial de la historia chilena, de su verdadera modernidad construída desde largo tiempo. Si hasta algunos tuvieron que suprimir los derechos humanos a través de un artículo de la Constitución. Y es que las instituciones son siempre de dos caras: expresan la cristalización del poder y el privilegio, pero también consagran sus límites y los espacios de los más débiles. No puede haber visión maniquea de las instituciones.

Y es a través del sistema institucional que los chilenos y chilenas han exorcizado sus estigmas, exclusiones y espejismos, combinando las partes sumergidas y visibles del iceberg. Alguien podría decir que en esta actitud idolátrica y crítica a la vez de las instituciones está el origen de nuestra hipocresía. Que, en definitiva ésta, la hipocresía, es el rasgo principal de nuestro carácter.

Descriptivamente, quizás. Valorativamente, parece injusto. Porque no seríamos lo que somos sin ella. Todo el despliegue institucional chileno expresa la presencia de los estigmas, exclusiones, y espejismos, pero también el consenso en el valor proclamado de la ciudadanía y la dignidad.

La institucionalidad es, entonces, nuestra manera de correr el tupido velo sobre lo que somos, sobre nuestras cargas, llagas y alucinaciones y la actitud que tenemos frente a ella nos define como sociedad ambiguamente. La importancia que le asignamos habla de nuestra grandeza y auto respeto. El modo como la tratamos habla de nuestra mediocridad e hipocresía.

Es posible verlo en todos los planos de nuestra vida social. Quizás el más brutal sea la existencia de un Poder Judicial, cuya solemnidad, conservantismo y prepotencia, son directamente proporcionales a la ausencia de Justicia en el país.

Pero, como condensación ilustrativa, no veo otra mejor que el sistema legislativo y fáctico que nos rige sobre divorcio, nulidades matrimoniales y tuiciones de los niños. Aquí están todos los elementos. Se trata de un tema crucial referido a lo que todos consideran el núcleo básico de la sociedad cual es la familia, y, siendo así, es una sólida combinación de verdades y mentiras aceptadas y legalizadas. El sistema resuelve, efectiva aunque parcialmente, el problema para algunos diciendo que no hay divorcio en la ley cuando de hecho se establece divorcio con la nulidad. Se basa en la complicidad de todos en la mentira, incluídos los tribunales. Pero el sistema está abierto sólo a los privilegiados que pueden pagarlo: reafirma la exclusión en un punto esencial de la vida social. La mentira lleva a negar la historia, forma particular de deslealtad, afirmando que no hubo matrimonio, pero reconoce a los hijos del matrimonio que no existió. Sin embargo, a través de la tuición, se impone el principio de maternidad prácticamente suprimiendo el de paternidad, lo que es una manera velada de

discriminar contra la mujer al imponerle toda la carga, de favorecer al hombre pero liquidarlo como padre, y, como consecuencia de todo ello, perjudicar a los hijos que se quiere proteger. No menos significativo es que algunos niegan que todo esto existe, y que todos los otros consideran que esto es un escándalo, que debe ser modificado y, afirmando el valor supremo de la familia, se unen estrechamente para mantenerlo e impedir cualquier cambio.

Somos una mezcla única de verdades y mentira. Ese es el velo que corremos para cubrir nuestros estigmas, exclusiones y espejismos, pero también para proteger los logros que hemos conquistado.

NOTA CAPITULO 7

El origen de este capítulo es un trabajo presentado al Seminario Valores Culturales, del Proyecto Chile, organizado por el Ministerio de Planificación y Cooperación, Abril de 1993.